

encima y tapar todo con ramas. Allí quedó hasta que, inquirendose el paradero de los pobres muchachos, se supieron los detalles del suceso... Y ¿saben ustedes cómo se disculpa el cura? Diciendo que él creyó que se trataba de un enemigo de la Iglesia, y aun así encuentra defensores entre los periódicos conservadores, que dicen es muy disculpable el error del simpático sacerdote, que no podía, naturalmente, distinguir si se trataba de un amigo ó de un enemigo.

— ¿Y qué fin tuvieron, preguntó Castillo, Orihuela, Miramón y Vélez?

— Se marcharon á unirse con Osollos, que con mil hombres está en Tlaxcala, contestó Juan.

— Pues esto va á durar más que cualquier revolución de las muchas que hemos tenido.

— Quizá ninguno de nosotros alcance á ver el fin.



CAPÍTULO XVIII

El cuerno de la abundancia. Se jura la Constitución

JUEVES cinco de Febrero de mil ochocientos cincuenta y siete, á las diez de la mañana, se señaló para la lectura y juramento de la Constitución. El gentío era inmenso; las galerías estaban apretadas de cabezas negras, de caras cobrizas, de chaquetones de telas claras y de colores vivos.

A medida que los diputados iban entrando, eran saludados con aplausos ó con ceceos, según los grados de simpatía que alcanzaban. Ramírez no hizo caso de gritos ni de insultos; don Santos Degollado, que sufría de una eterna blefaritis, se manifestó nervioso cuando le insultaron algunos bellacos, dicen que enviados por Barrón; Mata retó con su aspecto entero á los que le dirigieron

burlitas; Farías, Zarco, Prieto y Arriaga escucharon aplausos.

Mata pasó lista y se encontraron noventa y cinco representantes en el salón. En seguida dió lectura á la minuta de la Constitución, y los secretarios certificaron que estaba de acuerdo con los autógrafos.

Al pie del crucifijo que presidía en el salón, se puso un ejemplar de los Evangelios, y junto á éste dos gruesos cirios.

Se levantó Guzmán, Vicepresidente de la asamblea, y juró con voz conmovida. El primero que juraba la nueva Constitución era el mismo que había defendido el orden legal la noche del golpe de estado de Cevallos, cuando Lagarde, látigo en mano y jarano en cabeza, echó de la casa de Olaguíbel á la representación nacional, sin consentir que se recogieran papeles ni expedientes.

Luego hubo un instante de silencio. Benito Gómez Farías, Joaquín María Degollado, me parece que Guillermo Prieto y otro representante joven, se levantaron de sus asientos y fueron hasta la plataforma. Con grandes trabajos levantaron á un hombre valetudinario, de piel ictérica, agobiado por el dolor y por el sufrimiento, pero no vencido por ellos. Era don Valentín Gómez Farías, electo por aclamación presidente á fines del mes anterior.

Puso las manos sobre el Evangelio, y con voz clara

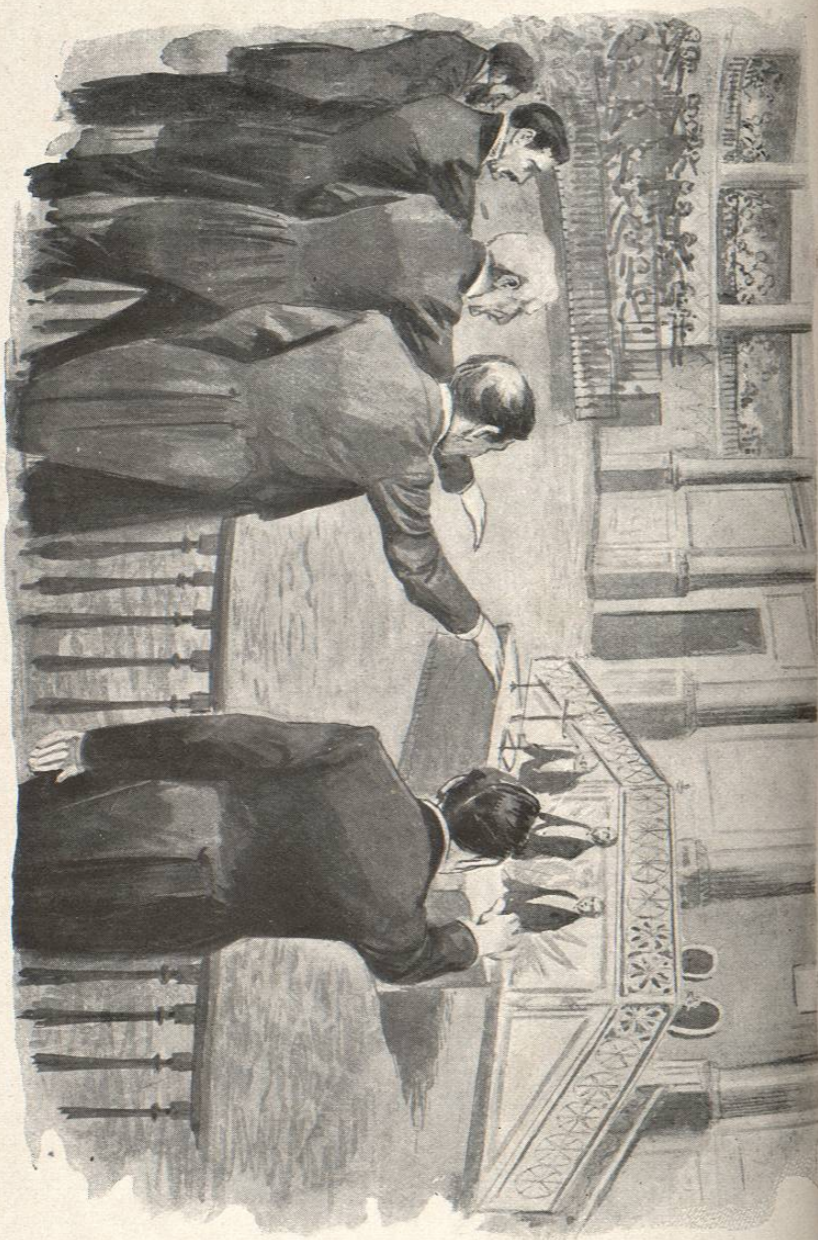
juró guardar y hacer guardar el nuevo código político. Farías era un demócrata ilustre, sino la democracia mexicana personificada; con él habían germinado las ideas nuevas; con él habían peregrinado en épocas de opresión; él había intentado todas las reformas; él había desafiado las balas y había dominado á la peste; él había sido recibido en triunfo, entre vítores y hossanas, y había sido crucificado y bebido hiel y vinagre en los días de prueba; él había rehusado las riquezas que le ofreció el clero y se había abrazado á la pobreza sosteniendo sus principios. Era toda una historia, toda una época, á la cual estaban unidos los nombres de Mora, de Pedraza, de Llaça, de todos los liberales mexicanos.

Cuando Farías volvió á su asiento, todos los diputados se pusieron en pie, y extendiendo las manos dijeron á un tiempo: «¡Sí, juramos!»

Zarco, encargado de redactar el manifiesto que debía preceder á la Constitución, leyó un escrito lleno de optimismos, de promesas, de buenas palabras. Era la condensación de todos aquellos ideales nuestros, cándidos, inocentes, pero entusiastas y de buena fe.

Los diputados se manifiestan conformes, las galerías aplauden, se pone á discusión la brillante pieza y se aprueba por todos. Mata, Rosas, Balcárcel, Aranda, Cendejas, Muñoz y varios diputados más, estaban encargados de participar al presidente que se le aguardaba á jurar.

... y extendiendo las manos, dijeron á un tiempo: ¡Sí, juramos!



Comonfort llegó acompañado de su Ministerio y de su Estado mayor, saludó á los diputados, se sentó á la izquierda de Guzmán, bajo el solio, nosotros y los demás acompañantes nos instalamos en medio del salón, y el General leyó un discurso agridulce que fué contestado por Guzmán con otro lleno de esperanzas y de buena fe. Consideraba el juramento de la Constitución como un acontecimiento grave y solemne para el presidente, para el pueblo mexicano, para la representación nacional y para el mismo edificio de la Cámara, «pues constituía una purificación que saliera ese código de un lugar torpemente profanado antes.»

Salimos todos, y los diputados se fueron á Mixcoac, donde tuvieron una comida campestre en celebración de haber concluído sus tareas. Farías recibió como obsequios la pluma de oro con que habían firmado los representantes y un ejemplar de la *Iliada* en edición microscópica.

Ya había Constitución; «ya estaba cumplida la primera y más sagrada de las promesas del plan de Ayutla»; á ver cómo salía en la práctica aquel monumento en que nuestros representantes habían vertido lo más selecto de sus lecturas francesas, lo más hermoso de sus ensueños de jóvenes, lo más impracticable de sus utopías de teóricos y lo más noble de sus corazones generosos.

La Constitución era como las *relaciones* que buscan los

amantes de tesoros ocultos. Quizá diéramos con la copina que contenía las onzas; quizá no encontraríamos sino los *chiquihuites* de cisco y huesos en putrefacción que se hallan los envidiosos.

